

ECO DEL SEGURO

AÑO VII.

CIEZA 5 MARZO DE 1911.

NÚM. 297.

BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, LORCA, LA UNIÓN, ÁGUILAS, ORIHUELA, MAZARRÓN, CIEZA, CARAYACA, MELILLA, HELLÍN, ELCHE, CADIZ Y YECLA.

CAJA DE AHORROS

| | |
|--|---------------------|
| Saldo anterior | Ptas. 14.899.189 77 |
| Imposiciones durante la semana | 209.181 87 |
| SUMA | Ptas. 15.108.371 64 |
| Reintegros | 421.784 63 |
| SALDO | Ptas. 14.686.587 01 |

Cartagena 25 de Febrero de 1911

SUCURSAL DE CIEZA HORAS DE DESPACHO

CAJA: De 9 á 1, y de 3 á 4 y 1/2.
OPERACIONES Y GIROS: De 10 á 1.

Los quintos

El domingo último, comenzaron á llegar á este pueblo los quintos del anterior sorteo, para ser destinados á cuerpo, con arreglo á la ley.

En el rostro de casi todos, en la cara de la mayoría, se reflejaba una ventura amarga, un sentimiento alegre, un indefinible contraste, que no se puede explicar nada más que aquél que analiza, investiga y disecciona en las reconditocés del espíritu; nada más que los que se detienen á contemplar esos estados intangibles, que se ven sólo con los ojos de la razón y con la lente poderosa del sentimiento.

Grande, muy grande es el amor que nos hacen sentir nuestros padres por la Patria, por su noble ó invicta enseña, por la defensa de sus sagrados intereses y de su bendecido nombre; grande también la idea que lentamente va echando raíces en nuestro ser, cuando, desde niños, leemos las grandiosas hazañas de aquellos esforzados y valientes campeones, de aquellos héroes gloriosos, que llenan con sus nombres las páginas brillantes de nuestra Historia patria; grande el sentimiento del deber que nos dirige en todos nuestros actos; pero no menos grande es el amor inmenso, que el buen hijo profesa á la que nos llevó en sus entrañas, á la que nos dió su sangre por darnos vida, á la que se quedó volando nuestro sueño diurno y noches sin mostrar fatiga; grande el amor que en nosotros hizo nacer el sueño en el cual vimos la luz primera; el bosque en quien, cuando infantiles, corrimos tras mariposa multicolor para darle alcance; la fuente que retrató nuestro rostro en los limpios espejos de su clara linfa; la Iglesia en donde á Dios elevamos nuestras primeras oraciones; su cielo hermoso, transparente y azul, y por último, el amor santo, noble, grande como el cielo, in-

menso como los mares, más puro que las flores de sus lucientes y perfumadas vegas; el amor, repetimos, que brotó en nuestro ser al calor de unos ojos, negros como la pena, ardientes como volcán en ignición, tranquilos como noche de estío, y amantes como el amor mismo.

Y el quinto que al llegar la hora de dejar la patria chica por servir á la Patria grande, siente en su ser encontrarse los dos sagrados amores, los dos inoludible y santos deberes, refleja en su rostro, como antes decimos, una ventura amarga y un sentimiento alegre.

Mas ¡ay! la mayoría de los que se ven en este estado, son jóvenes, tienen el corazón entero y sano; no han sufrido decepciones ni desafectos; no ha hecho surcos en su alma el padecer con sus dardos afilados, y sus tristezas son momentáneas; duran lo que las nubes cuando soplan en contra de ellas poderosos y destructores vientos; duran las horas que contemplan sus ojos las caras de seres queridos y lugares amados.

Después, cuando el soldado se dirige á su destino, comienza por olvidarse de sí propio; y en esta situación se olvida de los suyos, de aquel pueblo, de aquel bosque, de aquella fuente, y, por fin, se olvida también de los ojos aquellos, que, con sus potentes llamas hicieron que en su pecho brotara un amor que parecía no podría morir jamás.

Cuando el mozo cambia su traje habitual por el vistoso uniforme del Cuerpo armado, varía interiormente, esto es: varían sus maneras de ser y de pensar, como exteriormente cambia de forma de vestir.

Las nuevas enseñanzas que adquiere forman de él un hombre nuevo, un ser distinto del que llegó al cuartel meses antes.

Se le enseña á ser puntual, á ser diligente, á ser afable y cariñoso con sus iguales, atento y humilde con sus

superiores, fiel y exacto cumplidor de sus deberes, trabajador constante, económico y no vicioso, so lo edusa, en fin, para SER HOMBRE.

Por tanto, los padres no deben sentir pesares porque sus hijos vayan al servicio de la Patria, pues si de su casa llevan resabios, si les quedan defectos, que los padres no supieron ó no quisieron quitarles en el tiempo que alentaron bajo su tutela, en el servicio los pierden, pues el Código Militar es inflexible y justo y aplica, por igual, el peso de la Ley al que delinquiró.

Si la Ley Civil tuviera el corto trámite y la tremenda dureza en la sustanciación de los asuntos á ella sometidos, andarían los ciudadanos no incorporados á filas de igual manera rectos que los militares, y seríamos tan fieles observantes de la Ley, como aquellos lo son.

Ya que por deber natural no sabemos serlo, lo seríamos por la fuerza de la Ley. Tal vez, nos haría daño, el cumplir con ella hasta que nos acostubraremos, como el soldado se acostumbra y cumple el precepto de la Ley de Justicia militar, con el mismo esfuerzo que hizo al no observar el articulado de la Ley Civil.

Yo tengo un hijo, y cuando llegue, y Dios lo quiera, á ser soldado, yo no sentiré pena porque vaya á servir al Rey; pues, allí, como en todas partes, el honrado se enseña á serlo doblemente y al vicioso se le obliga á ser honrado. El tiempo gana, pues pierde parte de su rudeza y el listo se abre campo y es atendido y considerado por sus jefes, como se merece en justicia.

Mi voto sería y será siempre para el servicio militar obligatorio.

¡Dichosos los quintos!

Ramón M.ª Carravilla.

SOLILUQUIOS

Caer siempre de pie...

Indudablemente hay muchas gentes satisfechas ó como se suele decir, que van muy á gusto en el machito, pero son muchísimas más las que están contrariadas, aburridas y dadas á todos los diablos.

Es natural, que abunden más los disgustados que los satisfechos; porque el mundo está dispuesto más para la adversidad que para el bienestar.

Por eso se ven por ahí tantos gestos avinagrados y tan pocos rozagantes. Los problemas del vivir son cada vez más intrincados y laboriosos. Más trabajo y más quebraderos de cabeza cuesta el ganar un kilo de garbanzos, para nutrir malamente á una familia pobre, que ganar una porretada de miles de pesetas á una jugada de Bolsa.

A nadie le importan las tribulaciones del vecino, pero á todos interesan las satisfacciones ajenas. La envidia es enfermedad antigua. Se critica, se muere, se pone en solfa al que resuelve su problema con poco esfuerzo ó poco dinero que tumbado á la Bartola; pero nadie hace caso del infeliz que defiende un jornal misero madrugando, con la escarba, para coger el zapapico y ablandar la tierra, menos dura que el corazón de los egipcios del gran mundo.

Los que están bien y los que están mal se soportan mutuamente porque se necesitan; pero no se pueden resistir. Alguna vez visita uno á los próceres. ¿Os habéis fijado en sus cancheros?

Un portero, de librea y sombrero de copa con escarapela os mira de arriba abajo. Si lleváis trazas de pun-

